

Revista de Ciencias Sociales

Vol. XIII

Enero-Marzo, 1969

Núm. 1

EL DESARROLLO INTEGRAL DEL HOMBRE

EUGENIO FERNÁNDEZ MÉNDEZ*

EL desarrollo integral del hombre debe reconocer como punto de partida, que el hombre es cuerpo, alma y espíritu. No creo que haya mucha diversidad de opiniones sobre la satisfacción de las necesidades corporales o "necesidades básicas" del hombre. Donde las filosofías se contraponen a veces con amargura lamentablemente, es cuando intentan definir el ámbito de los valores humanos; el de las necesidades del alma y el espíritu.

Es sintomático del rumbo que ha tomado nuestra cultura occidental en los últimos cuatro siglos, el hecho de que la ciencia haya podido indentificar con relativa exactitud las necesidades materiales del hombre. Pero hemos olvidado promover en nuestra educación del hombre; el desarrollo moral, estético y espiritual, que debe estar ligado a una filosofía de la "persona humana" y gobernado por una jerarquía de valores.

El proceso histórico de los últimos cuatro siglos nos ha llevado a alejarnos cada vez más de una filosofía integral de la persona humana. El triunfo de la ciencia, la secularización de los valores humanos, y la preponderante fuerza en nuestro mundo del poderío industrial y comercial, nos han llevado a perder de vista, que el hombre no es simplemente un individuo, y que las comunidades humanas, no son meramente muchedumbres. Para poder crear una comunidad, un pueblo, debe estar presente un espíritu de la comunidad, debe existir un propósito común.

* Catedrático de Antropología, Universidad de Puerto Rico.

La finalidad de una educación científica —y también la ciencia es parte de la plenitud de la naturaleza humana— es comprender el mundo natural, dentro del cual y en su medida, se inserta el hombre mismo; la finalidad de una educación filosófica, por otro lado, es comprender el mundo de los valores, que estará regido necesariamente, como han visto casi todos los grandes poetas, empezando por el Dante, por una jerarquía, y por último, la finalidad de una educación teológica, o teleológica, que es prácticamente igual en el caso del hombre finito, es comprender el universo del cual formamos parte como personas responsables de la creación misma de la que somos parte.

El respeto que inspira la ciencia natural en esta edad nuestra, indujo a los estudiosos de otras disciplinas, en su afán de obtener resultados igualmente notables y un prestigio similar, a emplear el método científico en disciplinas para la que no es apropiado. Así tenemos hoy una psiquiatría y una antropología naturales, pero carecemos fundamentalmente de una psiquiatría y una antropología filosóficas, y mucho menos nos hemos ocupado de promover una psiquiatría o una antropología finalista: teleológica, capaz de decirnos lo que ansiamos saber sobre *El porvenir del hombre*.¹

Tal como se ha desarrollado el pensamiento científico en la civilización occidental, pensamos que es posible y, trágicamente, deseable, descartar para siempre, el argumento ontológico, la valoración subjetiva. En este proceso de reduccionismo ontológico, que ve tan solo una fase de naturaleza intrascendente en todo, incluido el hombre; en esto, precisamente consiste el mal general de que está imbuido todo el proceso educativo del hombre moderno.

Pero ello, como vamos cada vez comprobando mayor número de pensadores, es un error, un grave error.

Ciencia y religión, inmanencia y trascendencia, no son realidades contradictorias sino complementarias. El desarraigo y la deshumanización que tantos estragos producen en la vida del hombre moderno han resultado fatalmente de la oposición de ciencia y religión. Quien condena la ciencia sin comprenderla, como quien condena la religión sin comprenderla, son seres menoscabados y temerosos; en la raíz de cuya conducta están el miedo y el odio; hijos ambos del desarraigo.

En la historia moderna tres grandes fuerzas han tendido a desarraigar al hombre, a arrancarlo de sus contactos naturales: la secularización científicista, el capitalismo y el protestantismo. Vivimos al borde de lo milagroso en todos los minutos de nuestra vida. El milagro está en nosotros, y florece en el momento en que nos abrimos a él.

¹ Cfr. Teilhard de Chardin.

Lo realmente asombroso es la terquedad con que los hombres se niegan a abrirse. Nuestra vida entera no parece más que un esfuerzo frenético por eludir lo que constantemente tenemos a nuestro alcance. Lo opuesto a lo milagroso no es más que el *miedo*. Éste es el único enemigo real del hombre, y lo lleva dentro de sí.

Extrañamiento o enajenación, el mal de espíritu del hombre hasta el presente, vienen de extraño, de ajeno. El extraño era ya para el hombre primitivo: lo otro, lo temible. Por eso el significado del extrañamiento es: confrontación con lo ajeno, con lo distinto, con lo temible; y por eso, la raíz del extrañamiento es el miedo, el temor. El hombre enajenado (o la muchedumbre solitaria) viven en perpetuo temor, en *dis-cordia*. Esta es la suerte poco envidiable del hombre moderno. Hasta el presente el hombre ha sido un embrión, pero único, sin embargo, puesto que tiene la potencia para dar el salto hasta la plenitud del ser en cualquier momento.

Hablando del *desarraigo* de la vida actual, dice J. Nehru: "Creo que la vida completamente apartada del suelo está condenada a marchitarse. Desde luego, rara vez hay este apartamiento completo y los procesos de la naturaleza exigen tiempo. Pero hay una debilidad en la civilización moderna, la cual se aleja cada vez más de los elementos dadores de vida. No sufrimos, por eso, hoy de insuficiencia de poder, sino del mal empleo del poder que poseemos o de la inadecuada aplicación del mismo. La ciencia... puede proseguir con sus triunfos, pero si ignora demasiado a la naturaleza, la naturaleza puede vengarse de ella de un modo sutil... la vida puede muy bien desvanecerse interiormente por carencia de algo que la ciencia no ha descubierto todavía. Tampoco debemos por eso, dedicarnos exclusivamente a lo exterior, olvidándonos de *la vida interior del hombre*."

El mundo de hoy ha logrado muchas cosas, pero, con todas sus declaraciones de amor a la humanidad, se ha basado mucho más en el odio y violencia que en las *virtudes* que hacen al hombre humano. La guerra, tiene un aspecto que espanta, la deliberada y persistente propagación del odio y de la falsedad, lo cual se convierte poco a poco en hábito normal del pueblo. Es peligroso y pernicioso ser guiado en la vida por los odios y las aversiones, porque se limita y deforma el espíritu.

La secularización totalizante—a que se ha abocado voluntariamente el hombre moderno, con desastrosos resultados— implica la atrofia de algún constitutivo religioso en la naturaleza humana. *El antropocentrismo profano trae consigo la enajenación, desarraigo o extrañamiento del hombre en el cosmos*. Se ha perdido así, con ello, el lazo que ataba el hombre al orden total de la creación.

El pensamiento religioso y metafísico es por naturaleza simbólico o mítico: por ello no es compatible —según los materialistas—, con la cosmología moderna, que se deriva o procede de la física, química, biología, psicología y antropología actuales. Esto supone una reducción de niveles de integración: lo físico, lo químico, lo biológico, lo psicológico, lo filosófico y lo teológico. En el Occidente hay, por eso, una conciencia profunda y revulsiva, unida al despiadado análisis de su propia crisis cultural y religiosa.

Toda la estructura de los conceptos secularizados de naturaleza, sujeto y cultura, tal como nos lo brinda la conciencia de la Edad Moderna, se halla en profunda contradicción con el sentido profundo de la vida humana. El *Homo homini lupus* de Hobbes no es sino la conclusión lógica del desarraigo y enajenación resultantes de todo lo anterior: (El extrañamiento del *socius*) y el ateísmo (desarraigo de la creación), los dos polos, pues, del *des-ligare* (contrario del *prístino religare*).

La moderna subida de nivel histórico: “rebelión de las masas” (aplebeyamiento, subversión de valores) ha contribuido poderosamente a la actual crisis cultural. *En nuestro siglo se ha producido una magna confusión*. El fenómeno del lleno y la ausencia de jerarquías es su manifestación más externa y visible.

El profesor Albert Einstein dice: “*En esta materialista Época nuestra, los hombres de ciencia serios son las únicas personas profundamente religiosas*”. Y según Einstein, “el destino de la raza humana depende hoy más que nunca de su fuerza moral. El camino al estado de alegría y felicidad es en todas partes a través de la renunciación y la autolimitación. El espíritu de renunciación de los caracteres nobles y puros es la única cosa que puede producir elevadas ideas o grandes hechos.” Como dice Franz Boas, si queremos educar para la libertad, tenemos que mostrar aquellas vidas ejemplares que nos mueven a seguirlos con su serena majestad y grandeza.

La manera en que el hombre moderno toma en serio la naturaleza, se toma a sí mismo y a la cultura, tiene algo de grotesco para la mirada hecha sobria por la sabiduría. Frente a todo ello el hombre avisado tiene el humor del redimido. Sólo en el espacio gratuito del “no tomar tan en serio” florece el mundo. La posibilidad de un encuentro afectuoso entre los hombres es una opción potencial de nuestra libertad. La evolución, llevada adelante por el hombre, ha de culminar como término ideal e hipotético en una gran comunidad de conciencias. El tipo de hombre que debe crear la educación integral en nuestro tiempo de crisis, para que su pensamiento no se limite a reflejar el caos, sino para que pueda hacer orden en él, es un hombre que ha

alcanzado la sabiduría a través del empleo de su razón y de la experiencia. Para este hombre será importante establecer una clara distinción entre el conocimiento y la opinión.

Un estudioso que comprenda el papel del conocimiento y de la filosofía, no tendrá sino elogios para el método científico, puesto que el mismo será un experto en él. Pero precisamente porque es experto en el método, conoce sus limitaciones. Lo utiliza para aumentar sus conocimientos acerca del mundo y del hombre, pero no cree que sea la única manera de ampliar los saberes que necesitamos.

El hombre integral sabe que las bases o fundamentos de la ciencia son epistemológicos: mientras que las bases de la filosofía y la fe, son ontológicos. Esto quiere decir, que mientras la ciencia tiene una fundamentación objetiva, la filosofía y la religión tienen una fundamentación subjetiva, que descansa en última instancia en la visión integral del mundo y de la vida que aceptamos. Una filosofía de la vida que sea operativa exige descubrir aquellos firmes valores, desde los cuales el hombre reconoce la altura de su propia conciencia.

El crecimiento de la conciencia humana, a niveles cada vez más altos de conceptualización y conocimiento, es como ha señalado en su antropología integral, el gran sabio francés Teilhard de Chardin, el camino que toma en el nivel histórico, la evolución de la comunidad del hombre: y esto nos lleva al reconocimiento de dos leyes básicas de la experiencia humana: el hecho de que el desarrollo progresivo de la especie humana supone el reconocimiento de la meta hacia la que todo marcha: la meta de una creciente personalización, y la meta de una creciente socialización.

La psiquiatría y la antropología tienen por tratar del hombre distintos niveles de integración discursiva: el natural o epistemológico; el filosófico u ontológico y el teológico o teleológico, el de la naturaleza finalista de la realidad, que ofrece al hombre los fundamentos del existir y del esperar.

Incluso el método de la ciencia y el método de la filosofía son distintos: si el método científico trata de las cosas atinentes al laboratorio; el método dialéctico trata de las cosas atinentes a la vida. Si el primero nos lleva a la búsqueda del conocimiento el segundo nos lleva a la búsqueda de la sabiduría. Y así, al reconocer distintos niveles del saber humano, advertimos con interés, pero sin sorpresa, que el método científico no es el método que nos ha permitido saber la mayoría de las cosas que han permitido al hombre tener esperanza y ofrecer soluciones prácticas a sus problemas. Esas cosas ya las sabían los hombres antes de contar con el método científico y llegaron a

saberlas por el método dialéctico (el diálogo) que les era familiar antes de que se empleara corrientemente la investigación científica.

La unidad del conocimiento y la sabiduría sobre la vida del hombre, nos exige algo más que una mera acumulación de datos. No hay verdadera ciencia del hombre sin teoría. Así como no hay verdadera sabiduría sin un planteamiento del problema de los valores y de la naturaleza finalista de la realidad.

La ciencia, la filosofía y la teología son, pues, todos caminos diversos o niveles distintos y complementarios de aproximación al problema de la búsqueda de la unidad en la variedad, del sentido profundo y humano de la existencia.

Todo hombre requiere psicológicamente integrar una cosmovisión, un sistema de símbolos y significados con arreglo al cual ordena sus experiencias y deriva sus significados. Desde el punto de vista de una filosofía personal, el hombre —todo hombre que lo sea de veras— busca alcanzar el significado propio y el significado de su comunidad. La tradición y la historia de la cual se forma parte es una condición básica y esencial de nuestra plenitud personal.

El hombre, por su naturaleza social, vive siempre en una comunidad, de la cual es responsable. El pleno significado de la autorealización debe incluir la identificación de nuestra vida anímica y espiritual con la misión histórica de nuestro pueblo, de la comunidad humana a la que por historia y tradición fuimos adscritos.

La filosofía y la teología de nuestro tiempo insisten en afirmar que una adecuada definición de la plenitud ontológica, de la plenitud del ser de la persona humana, debe incluir una clara vinculación afectiva de la persona humana con su comunidad y su cultura, así como una determinación del puesto del hombre en la creación, en la entidad cósmica. En algunas formas de conocer están involucrados o implicados más niveles de la persona humana que en otros. La persona que tiene conciencia de su comunión con el pueblo del que forma parte y de su comunión cósmica, vive una experiencia a su vez inmanente y trascendente. Más aún, sabe que sólo un universo irreversiblemente personalizador es capaz de contener en su seno a la persona humana. Como dijera Albert Einstein: "Que el mundo es una unidad ordenada y comprensible es un sentimiento religioso."

El antropólogo o el psiquiatra trata de descubrir cuál es la relación del hombre: consigo mismo, con el prójimo y con el mundo. Una antropología integral —como la que aquí proponemos— parte del conocimiento y el saber contemporáneo sobre los valores: libertad, personalidad, identidad, creatividad, crecimiento, salud mental, necesidades básicas y realización personal, etc., a formular una visión del

hombre que tenga sentido y sirva para orientarle en la creación de una mayor conciencia de su destino humano y de su felicidad.

El propósito de una educación humana, el propósito de toda antropología o de toda psiquiatría integral debe ser la de restablecer la "persona creadora y auto-determinada" como centro de la consideración del problema de la auto-realización plena. En otras palabras, la persona humana, libre, y responsable de su comunidad y de la vida del cosmos, es el fin ideal de la plenitud de realización del "fenómeno humano", para usar el término acuñado por Teilhard de Chardin.

En la medida en que el hombre ha buscado un sentido para su vida, lo ha buscado siempre en su definición de lo que es la felicidad. Contrario a lo que nuestra civilización comercial parece tomar por sentado el exceso de consumo no aumenta la felicidad. Medimos hoy el progreso con un criterio mercantil y nos olvidamos de los valores del alma y del espíritu que todas las civilizaciones pasadas reconocieron como objetivos deseables y que el cristianismo en sus valores nos recuerda, cuando dice por boca de Cristo: "No sólo de pan vive el hombre."

Es válido dividir las riquezas de la mente humana en dos grandes reinos: el reino del conocimiento, donde la razón nos ofrece un saber puro, un poder, para bien o para mal; y el reino de la sabiduría, donde la emoción nos dicta un saber práctico: la doma y la renuncia del poder; común ideal de los pocos sabios que en el mundo han sido.

Cada cultura, como la persona humana que de ella es producto, es un sistema ideal de valores. Las culturas pueden ser escalonadas en una gradiente escala de valores: en la medida en que operan para aumentar o disminuir la felicidad de sus miembros.

A pesar de dos mil años de civilización cristiana, aún hoy, no tenemos ejemplo viviente alguno de cultura, con excepción de algunos aspectos de la cultura de la Edad Media (donde la santidad fue paradigmática) que haya tomado en serio los valores de un humanismo cristiano para construir sobre ellos una cultura para el hombre.

Cada día más en nuestro mundo materialista y secularizado, el endiosamiento de la máquina desplaza al hombre, a la persona humana. Tenemos conocimientos y sabemos cómo hacer cosas más grandes y espectaculares cada día, pero carecemos de la sabiduría y humildad necesarias que nos permitan establecer claramente por qué y para qué vivimos. Hemos construido un mundo tan impersonal, que amenaza ya nuestra propia condición humana. Faltándonos una firme jerarquía de valores, es natural que nos ocurra lo que estamos viviendo.

Uno de los males de que está aquejada la educación en nuestro tiempo es que promueve con mayor insistencia la formación de re-

cursos humanos, que de hombres; es la nuestra pues, una educación funcional. De ahí que en nuestro tiempo, los maestros se vean ante enormes multitudes de alumnos mal preparados y faltos de interés, en una sociedad que ha llegado a considerar el problema de ganarse la vida como el primer deber, sino el único, del hombre.

Con nuestro conocimiento y nuestra técnica y nuestro afán por enriquecernos somos como el Rey Midas de la fábula popular. Hemos tomado el erróneo camino de deshumanizar cada vez más el mundo que nos rodea, pero en vez de aumentar nuestra felicidad, al aumentar nuestra riqueza, aumenta nuestra inseguridad y los hombres se lastiman y se envilecen: unos en la arrogancia del poder, otros en la abyección de la servidumbre.

La libertad es algo que ningún hombre podrá tener a menos que esté dispuesto a concederla a los otros hombres. Buena parte de la educación formal e informal del hombre moderno, está predicada sobre la premisa de la arrogancia del poder. Se endiosa el conocimiento, se desprecia la sabiduría.

Pero pujanza y poder no equivalen a sabiduría y a menos que un país desee poseerla, no será rico y poderoso por mucho tiempo.

Debemos, por eso, aspirar a crear en nuestro futuro, una cultura humana que dé pábulo a la vida espiritual, a la expansión de la conciencia humana, que es el reconocimiento de lo que es *ser persona* y no simplemente individuo o en el caso de un pueblo muchedumbre.

Para que haya verdadera paz entre los hombres, todo privilegio debe ir acompañado del cumplimiento moral de ciertas responsabilidades. Sólo así la humanidad verá realizada la plenitud de su cometido.

El verdadero desarrollo integral del hombre exige que el hombre conquiste no tan sólo el mundo, sino a sí mismo. De qué nos vale conquistar el mundo si perdemos el alma. Pero, si hemos de efectuar un verdadero ascenso consciente a lo estable y eterno, tendremos que atravesar el "cenit metafísico."